



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Una maravillosa situación espiritual

Exposición del Mensajero del Eterno

LAS instrucciones que nos son dadas en la Palabra divina son maravillosas. El apóstol Pablo nos recomienda que no vivamos más conforme a la carne, sino conforme al espíritu. El mejor medio de lograrlo consiste en cultivar el ideal del Reino de Dios; naturalmente, es lo que no hace la humanidad. Por eso, ¡qué cosas tan terribles ocurren en el seno de esta pobre creación doliente y moribunda!

Todos los seres humanos, de los que formamos parte, "en la iniquidad han sido formados, y en pecado fueron concebidos". Por tanto, nosotros estamos en el mismo caso, somos una manifestación del error, en lugar de ser, a la honra del Eterno, una manifestación de la verdad. Afortunadamente que conocemos los caminos divinos.

Por eso, tenemos ahora todo en las manos para ser la gloriosa manifestación de los hijos de Dios, trayendo sus alabanzas y homenajes al Omnipotente; adquirimos así la posibilidad de adorar al Eterno en espíritu y en verdad, como lo mostró nuestro querido Salvador.

Desde luego, en el reino del adversario hemos adquirido hábitos completamente contrarios al Reino de Dios. Estos hábitos suben continuamente a la superficie. En esta situación hace falta que nos esforcemos en tener siempre delante de nosotros la visión del Reino de Dios, acostumbándonos a no pensar más que en esto, y no en otra cosa. Esto nos preservará de muchos descarríos.

Como lo sabemos, nuestro organismo pide imperiosamente acciones y pensamientos virtuosos para poder estar en buenas condiciones. Por eso, debemos cultivar en nosotros sentimientos de nobleza, de bondad, de dulzura, de paciencia y de ternura.

Sobre todo es necesario que nos esforcemos en ser fieles a nuestro voto de consagración, o a nuestro voto del pacto sobre la ley divina con el Altísimo. Por eso, cuán útil es que leamos estos votos todos los días, y que nos compenentremos profundamente de lo que le hemos prometido, para que podamos afirmar nuestra vocación y nuestra elección por medio de los esfuerzos de nuestra alma.

¡Qué triste es la condición de un individuo que se conduce más irracionalmente que un animal, a pesar de que lo tendría todo para ser una manifestación a la gloria del Eterno!

Al contrario ¡que maravilloso es ver a un ser humano caído que acaba por ser un hijo de Dios! ¡Qué metamorfosis y qué sublime transformación, después de haber sido un pobre pecador venido al mundo como un ser moribundo, lleno de miseria espiritual y física!

¡Sobre todo si finalmente es un consagrado del Eterno, miembro del real sacerdocio!

Entonces ya no es más una veleta que el diablo puede hacer girar a su antojo; es un ser que anda noble y dignamente en el camino abierto por nuestro querido Salvador, siguiendo fielmente las huellas de su Maestro. Puede entonces reflejar la luz que se desprende del Hijo muy amado de Dios, y llega a ser con él un sacerdote, un sacrificador y un salvador de la humanidad.

¡Qué magnífico es también un miembro del Ejército del Eterno que deja el vicio y los malos hábitos, y que desarrolla sentimientos divinos! Se vuelve un ser amable, tierno, virtuoso, fiel, alguien con quien se puede contar, porque su sí, es sí, y su no, es no.

El destino del hombre es la vida eterna. Pero, para obtener la vida eterna no hay que revolcarse en el cieno como lo hace la puerca lavada, ni hacer como el perro que vuelve a su vómito. La vida eterna pide adquirir la mentalidad de un verdadero rey de la creación terrenal, de un ser humano regenerado, cuyo carácter se ha madurado bajo la influencia del sol del amor divino, y de la poderosa gracia del espíritu de Dios.

El hombre se diferencia claramente del animal, porque tiene la posibilidad de realizar la espiritualidad divina. Es lo que hace de él un ser maravilloso, cuando manifiesta esta espiritualidad; la espiritualidad lo vuelve noble, afectuoso y lleno de buenos frutos.

De esta manera el hombre puede adquirir una exquisita elevación del alma y una grandiosa delicadeza. ¡Qué agradable es entrar en contacto con personalidades transformadas de esta manera en la escuela de Cristo!

Naturalmente, para que estos sentimientos se cristalicen en nosotros, es preciso cultivarlos, y no apartarnos de ellos. Como es fácil de comprender, podemos encontrarnos un instante en el Monte de Sion, según los sentimientos divinos que manifestemos, y poco después perder el hilo, si nos dejamos influenciar por el adversario.

Entonces hacemos una caída magistral y nos encontramos otra vez con nuestro vil carácter; de nuevo somos lo que éramos, un ser manchado e infeliz. Por tanto, es de toda urgencia que estemos en un constante espíritu de vigilia, y que sólo nos ocupemos del Reino de Dios y de su introducción.

Ahora no es más la teoría, sino que es la hora de la práctica y de la acción; pues se trata de introducir el Reino de Dios en la tierra. Por eso, el carácter de nuestras reuniones es muy distinto al de antes; consideramos las cosas

de una manera efectiva, las vemos tal cual son y las llamamos por sus nombres. Hacemos resaltar los contrastes, de manera a estar del todo aclarados sobre la situación de los seres humanos, y de nuestro propio corazón.

Es por haber examinado las cosas objetivamente y procurado vivir lo que yo comprendía de los caminos divinos, como pude recibir la luz en mi corazón; finalmente, la luz se hizo fulgurante. De esta manera, ahora podemos darnos claramente cuenta de que todo en el mundo ha sido edificado por el adversario para que los seres humanos no puedan discernir la verdadera luz; es farol y engaño en toda la línea. Por eso, cuán agradecidos debemos estar de empezar a ver claro en nosotros mismos y a nuestro alrededor.

Si queremos alcanzar el objetivo propuesto, debemos sólo alimentarnos de impresiones del Reino de Dios y acostumbarnos a sólo expresar a nuestro alrededor manifestaciones del Reino. En efecto, como lo sabemos por nuestras publicaciones, si bien las impresiones que recibimos ejercen una acción muy viva en todo nuestro ser, es lo mismo con las expresiones que emitimos. Las impresiones del Reino de Dios son inefables y gloriosas.

¡Qué inmenso gozo podemos sentir cuando conversamos sobre la restauración de todas las cosas! Cuando pensamos en la mañana de la resurrección, que se nos describe en El Mensaje a la Humanidad, ¡cuánta alegría penetra en nuestro corazón!

¡Qué inefable perspectiva la de ver a los pobres seres humanos que han descendido a la tumba con lágrimas, dolores, disgustos y penas de todas clases, encontrarse de pronto en la tierra de los vivos donde serán recibidos con ternura! De esta manera comprendemos las palabras llenas de encanto del profeta que dice: "Vendrán a Sion con cantos de alegría, y un gozo perpetuo coronará sus frentes".

¡Qué maravilloso consuelo y qué grandioso mensaje! ¡Y qué honor poder participar en un trabajo tan sublime! Esto debería darnos alas para realizar el programa; son perspectivas de veras llenas de entusiasmo. Por eso, en vista de tales promesas ¡cómo no debemos andar en la santidad de la conducta y la piedad, apresurando el Día de Dios!

Es el momento para nosotros, si un poco de corazón tenemos, de poner lo mejor de nosotros mismos para su venida, gastarnos sin restricción por este Reino, y hacerlo aparecer. Es una obra de abnegación en favor de nuestros padres, si les tenemos amor, en favor de nuestros amigos y conocidos, y de todos los seres humanos.

En efecto, todos son nuestros hermanos y

hermanas. Por eso todos deben sernos queridos, unos y otros; pues es la gran familia humana que, en la restauración de todas las cosas, va a poder desenvolverse según los sentimientos del Reino de Dios.

¡Qué maravilla y qué belleza la de los seres humanos que estarán bajo la acción de la gracia divina, llenos de buenos sentimientos, que sólo tendrán un deseo: existir para el bien, y traerle alabanza y gloria al Eterno!

Este es un programa inexpresable de gloria y de majestad. Por eso, yo comprendo muy bien el significado de la pregunta primordial que nos hace nuestro querido Salvador: "¿Quieres renunciar a ti mismo para ser un discípulo de Cristo?" Si no quieres renunciar, no puedes serlo. En efecto, la base de la ley universal es el altruismo, que se expresa en el renunciamiento a uno mismo a favor del prójimo. Esta es la ley de la circulación, la ley de la bendición y de la vida.

El que quiere la vida eterna debe ser altruista, de lo contrario le es imposible. ¿De qué nos serviría seguir viviendo a la manera egoísta de los seres humanos, puesto que el egoísmo está destinado a la destrucción, visto a la luz de la ley de las equivalencias?

El salario del pecado es la muerte. Por tanto, es preciso que nos transformemos, con lo cual llegaremos a ser viables. Los habitantes del Reino de Dios son personalidades inefables, de una maravillosa elevación de alma, que han realizado la victoria del bien sobre el mal, porque han sido fieles a los principios divinos.

Lo que importa es la fidelidad a los principios, para la cual debemos examinarnos sin rodeos, a fin de ver lo que queda por transformar en nosotros mismos, lo que conviene dejar, y lo que necesitamos adquirir. Todavía queda mucho por hacer; no queremos, pues, engañarnos con falsos razonamientos.

Entre nosotros hay aún animosidades, descontentos, envidias, celos, enemistades. Todo esto debe desaparecer. Por tanto, cada uno tenga el valor de decirse para sí: "Tú mismo eres el hombre". Es el único medio de ver claro y de poder reformarnos rápidamente.

Ahora hablamos un lenguaje claro, abierto y preciso. De esta manera todo resulta mucho más comprensible, y nos revela nuestra situación acertadamente. Debemos absolutamente mostrarnos dignos de la vocación a la que hemos sido llamados.

Son los sentimientos del corazón que cuentan, pues lo demás no tiene valor; es lo que siempre el Señor ha puesto de manifiesto. Por ejemplo, se afirmó de David que era "varón conforme al corazón de Dios". Y si Abraham fue llamado "el amigo de Dios", es que dio una prueba resplandeciente de su amor y de su fidelidad al Omnipotente. Por eso recibió la promesa de que en él y en su simiente serían benditas todas las familias de la tierra.

Esaú no supo apreciar esta gloriosa promesa. En cambio, José supo estimarla. Por eso pudo experimentar profundamente toda la bendición divina y recibir toda clase de estímulos de parte del Eterno. También tuvo visiones que le impresionaron grandemente.

Naturalmente, cuando contó sus sueños a sus hermanos, para ellos esto no era muy agradable, porque les faltaba la cosa esencial, el amor fraternal. Si hubieran estado en una buena condición espiritual, le hubieran dicho: "¿De veras, has tenido esta visión? ¡Esto nos indica que el Eterno desea hacer contigo grandes e inefables cosas! Queremos asociarnos a ti con

todo nuestro corazón, para que en nosotros puedan ser benditas todas las naciones de la tierra, conforme a la promesa a nuestro antepasado Abraham."

No es esto lo que manifestaron sus hermanos, sino que se fomentó odio en su corazón, hasta querer hacer desaparecer a José. Sin embargo, tuvieron igualmente que inclinarse después ante él. En ese momento tuvieron más facilidad para hacerlo, porque las pruebas les habían ayudado muchísimo a doblar el espinazo y a inclinarse. Mientras que antes es fenomenal lo duro de cerviz que eran.

Una vez que llegaron a Egipto, en tierra extranjera, y que se encontraron delante de este hombre singular, con su mirada tan profunda, y que de tal manera sabía penetrar en sus pensamientos, su juicio fue muy distinto. ¡Pues incluso José había sabido colocarlos en la mesa exactamente según su edad!

¡Y les hacía preguntas tan extraordinarias! ¡Y orientadas tan a propósito! ¡Con qué cautela se contuvieron para esforzarse en mantenerse delante de él con una actitud correcta! ¡Y vemos cuántas inmensas bendiciones pudo José procurar a sus hermanos!

En nuestros días puede ser exactamente lo mismo, y lo he podido observar en mis varias experiencias. Pero no debemos contentarnos con admirar la actitud de un José, sino imitarlo; he aquí lo que es preciso hacer. Debemos aprender a perdonar, a amar, a rodear de afecto, cubrir, devolver siempre bien por mal. Se necesitan las disposiciones de corazón que proceden del amor divino.

Yo he pasado por toda clase de etapas, y en ellas he podido también experimentar todo el odio del adversario. He luchado con mucha adversidad, y he tenido que hacer frente a avalanchas de calumnias y de contradicciones. Me han odiado y hecho todo para boicotearme, y hacerme perder paciencia y valor.

El poder del adversario estaba desencadenado contra mí; pero, por otra parte, cómo José, sentí también la mano socorredora del Señor, la protección de su gracia, y su amable estímulo: "No desmayes, yo te ayudaré". Pero es necesario ser fiel al Señor, dejar hablar al espíritu y no la carne. "Si vivís conforme a la carne, moriréis".

Si dejamos hablar la carne, estamos perdidos, porque la carne, es decir el cuerpo, está gravado con toda clase de malos hábitos que en nosotros están inveterados, y hacen sufrir horriblemente. Por eso, no hay que escuchar el viejo hombre, sino dejar hablar la nueva criatura. El que vive conforme a la carne no siente descanso, sino que es corroído por sus pasiones, y por toda clase de inquietudes.

Es preciso que nos desprendamos de las obras de la carne, de sus codicias, de todas sus debilidades, y que desarrollemos la nueva mentalidad, la mentalidad divina, la cual hace de nosotros nuevas criaturas. Para resistir al adversario y a todas sus astucias, es preciso confiarnos completamente en las manos del Eterno, y decirle: "Como tú quieras, Señor".

Entonces puede realizarse en nuestro corazón un glorioso trabajo de limpieza, de curación y de vida, porque así facilitamos la acción del espíritu de Dios en nosotros. El Señor guarda a los suyos fielmente, y todo concurre para su bien. Pero es del todo necesario abandonar las combinaciones del adversario.

Lo que es indispensable, es que a toda costa estemos deseosos de ser enteramente sinceros y rectos de corazón. Este era el deseo ardiente

de David. Por eso David oró ardientemente al Señor diciéndole: "Oh Dios, revélame mis faltas ocultas". Salmos 19: 12.

Igualmente, este deseo debemos tenerlo en nuestra alma. El Eterno es de una nobleza grandiosa, y no será El quien nos descubrirá. Pero permitirá las pruebas para que podamos discernir nuestros puntos vulnerables, o dicho de otro modo, discernir nuestras faltas ocultas, para que podamos reformarnos.

El punto capital que es primordial realizar es siempre la cuestión del amor. El Señor nos dice: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Se trata, pues, de no dejar subsistir en nosotros ningún sentimiento que no sea amor, y esto hacia cualquier ser humano.

A nadie debemos conceptuarlo como un extraño. Debemos tenerles mucho amor a todos los seres humanos, puesto que todos son rescatados a un gran precio, y todos están llamados a formar la gloriosa familia divina sobre la tierra. Tenemos abundancia de trabajo en vista de la reforma de nuestro corazón, abnegándonos por los seres humanos. Recordemos que es por mediación de los escogidos que el tiempo de la angustia será acortado. Por tanto, debemos poner todo en la balanza para apresurar el día de la liberación.

El Señor nos ama profundamente, y quiere ayudarnos a obtener la victoria definitiva. Apoyémonos en él, siguiendo con nuestros pies caminos rectos. Nuestro querido Salvador es el sumo Sacerdote de nuestras almas nos conoce y está deseoso de asistirnos con toda su ternura.

¡Qué inefable benevolencia les manifestó a sus queridos discípulos! ¡Qué nobleza hacia su apóstol Pedro! Se le apareció primero a María Magdalena; a ella y a las otras mujeres les dijo: "Decidlo a los discípulos, y a Pedro..."

¡Qué inexpresable consuelo sería para el apóstol Pedro recibir esta sublime manifestación de amor, con la cual pudo experimentar el completo perdón y la inmensa ternura de su Maestro y Señor! Todo esto debería hablar profundamente a nuestro corazón.

¡Cuán felices debemos sentirnos de tener trato con un Maestro tan amable y tan misericordioso! Queremos, pues, poner en ello todo el ardor de nuestra alma a fin de recibir también toda la plenitud de la bendición, al dejar las obras de la carne y viviendo lo que vivimos para el Hijo muy amado de Dios.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos podido captar las ondas divinas, pensar sólo en el Reino, cubrir, perdonar, ser humildes, buenos y generosos?
2. ¿Hemos seguido los consejos del Maestro, reaccionado siempre con el bien, podido vencer ciertos deseos egoístas?
3. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la sinceridad, el renunciamento, la alegría en el combate, la espiritualidad divina?
4. ¿Nos hemos alimentado solamente con impresiones divinas, y podido tener así expresiones estimulantes y benditas?
5. ¿Hemos vigilado siempre nuestros reflejos, tenido sentimientos conforme al corazón de Dios, refrenado nuestros impulsos?
6. ¿Hemos podido ahuyentar compromisos, sugerencias, intereses particulares, y traer un ambiente de alegría y de estímulo?